



Recibido: mayo, 2022
Aceptado: junio, 2022
Publicado: julio, 2022

Conceptos fundamentales para las humanidades en el Siglo XXI: sensibilidad, vida y amor

Fundamental Concepts For The Humanities In The Twenty-First Century: Sensibility, Life, And Love

Abdiel Rodríguez Reyes

E-mail: abdiel.rodriguezreyes@up.ac.pa

Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-9186-0986>

Universidad de Panamá

Este trabajo está depositado en Zenodo:

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.6917806>

Cita sugerida (APA, séptima edición)

Rodríguezm Reyes, A. (2022) Conceptos fundamentales para las humanidades en el Siglo XXI: sensibilidad, vida y amor. *Disenso. Crítica y Reflexión Latinoamericana*. 5(1), 21-30.

*Todos queremos vivir en una cultura donde el amor
pueda florecer*

Bell Hooks

Resumen

En este artículo planteamos algunos conceptos fundamentales de las Humanidades, tales como sensibilidad, vida y amor. Los cuales son muy importantes para el siglo en que vivimos, un momento histórico de hecatombe. Ya que no se trata de enseñar Humanidades por enseñar, sino que estas tengan un papel en el cambio de la conciencia para que, en comunidad podamos reproducir y afirmar nuestras vidas



Palabras clave: Humanidades; Filosofía; Sensibilidad; Vida; Amor

Abstract

In this article we discuss some fundamental concepts of the Humanities, such as sensibility, life, and love. These are very important for the age in which we live, a historical moment of catastrophe. This is not about teaching Humanities just to teach, but rather these ideas have a role to play in the change of consciousness necessary for the reproduction and affirmation of our lives in community.

Keywords: Humanities; Philosophy; Sensibility; Life; Love

Introducción: a modo de diagnóstico

Tenemos que partir de una realidad. Contamos con las suficientes evidencias empíricas para saber que estamos haciendo las cosas y estamos obligados cambiar de derrotero si queremos subsistir como especie. Por el camino actual estamos acelerando la extinción humana en el planeta. Como un ser vivo, el planeta tiene que cumplir su ciclo vital, quizá este puede vivir miles de años, lo que está en riesgo es la especie humana por las acciones de un modo de producción determinado: el capitalismo.

Alcanzado cierta madurez en su despliegue histórico, ya este modo de producción, así tal cual, es insostenible. Las sociedades serán sostenibles – nos dice Guillermo Castro Herrera –, por lo humanas que estas lleguen a ser. Y, en ese sentido, las Humanidades juegan un papel fundamental e indispensable en la formación integral de una conciencia distinta al extractivismo y toda aquella patología contra la vida. En particular, de aquella las nuevas generaciones quienes tendrán entre sus manos el futuro y el presente de la existencia de la especie humana.

Karl Mannheim escribió *Diagnóstico de nuestro tiempo* en 1943. Allí nos da algunas pistas de cómo estamos. Él está describiendo un tiempo de transición y estos no pocas veces son procesos de larga duración. No es que se dan los cambios de una década para otra. Y, esto es importante tomarlo en cuenta cuando tenemos la línea en rojo. Nos habla de una crisis espiritual de nuestra civilización ya en la década del cuarenta.

Como evidencias tomamos referencia del último *Informe Planeta Vivo (2020)*. Allí se plantea la necesidad de revertir la pérdida de biodiversidad, mientras aumenta la huella ecológica. Parafraseando a Shakespeare en *Hamlet*, lo que está hecho, no puede deshacerse. De tal forma que, el daño a nuestra *Pachamama* es irreversible. Lo que sí podemos hacer es cambiar de rumbo hacia un camino distinto al del extractivismo y tener una relación distinta con nuestro entorno.

Creo que los jóvenes de hoy tienen conciencia de la degradación de la naturaleza y sus consecuencias negativas. También saben que no pueden tirar basura en los ríos y que merecen respeto sobre sus cuerpos (por ejemplo, vemos cómo cada ocho de marzo miles y miles de personas se manifiestan en contra del patriarcado cada ocho de marzo). En ese sentido, en términos generales son más liberales que las generaciones anteriores. Ahora bien, tener conciencia de eso es necesario y útil, pero no es suficiente al no cuestionar el origen de esas contradicciones. La respuesta es fácil: es el capitalismo. Pero cómo hacemos ensamblar esto con lo anterior.

Un joven ya sabe que se están haciendo las cosas mal y puede tomar una iniciativa individual y colectiva de hacer las cosas distintas, de comerse una hamburguesa vegana y recoger tapaderas de plástico y hacer una obra de arte, incluso hacer una casa con botellas de plástico rellenas de arena. Pero si no cuestiona el modo de producción y los altos niveles de consumo, producidos por el fetichismo de la mercancía, su activismo será muy limitado y su forma de vida que, por supuesto es mejor que no hacer nada, será una golondrina en verano. Ahora bien, habrá quienes argumenten que muchas golondrinas hacen verano, lo cual también es válido, por eso es plausible todas esas experiencias incluso personales en que es palpable un cambio a ese nivel, pero eso no quiere decir que sea suficiente.

Las humanidades en tiempos de crear

El tema de las Humanidades – o, estudios humanistas – no es un asunto nuevo. Para reflexionar sobre ellas, lo hacemos desde una perspectiva histórica para ver como se ha perdido espacios y cómo los que quedan son fundamentales para la formación ciudadana integral. En la formación técnica queda poco espacio para el arte, es decir, la creatividad y no es que sean contradictorias, son complementarias y eso cuesta entenderlo. Pero aún cuando ni siquiera formamos en técnica, sino que desde una gestión neoliberal de la educación estamos retrocediendo cuando se está brindando una educación bancaria,

cuestión criticada por Paulo Freire en el siglo pasado. En vez de avanzar en la dirección correcta, estamos reproduciendo los mismos errores del pasado.

Desde el siglo XIV al menos para el contexto europeo, en Florencia particularmente, las disciplinas humanas eran fundamentales para la formación de los futuros funcionarios públicos de alto rango, “los humanistas se distinguían ante todo por su adhesión a una teoría particular de los contenidos característicos de una educación verdaderamente humana” (Skinner, 2008, p. 12). En términos generales se necesita una formación verdaderamente humana. Más recientemente Martha C. Nussbaum, profesora de la Universidad de Chicago, remarca la importancia de este argumento central e incluso va más allá en decir que las democracias para su fortalecimiento necesitan de las Humanidades.

Para Nussbaum, este fortalecimiento se logra cuando se forma ciudadanos del mundo. No estamos aislados, no somos islas, todos dependemos de todos y nuestro entorno. Aunque estemos en territorios distintos. Las consecuencias en temas sociales y ambientales no son idénticas para todo mundo, pero sí la crisis climática nos afecta analógicamente.

Como señala Nussbaum, “hoy más que nunca, todos dependemos de personas que jamás hemos visto y que, a su vez, dependen de nosotros” (Nussbaum, 2010, p. 113). Por ejemplo, si tiramos basura en un río y este se inunda puede afectar a otras personas incluso comunidades enteras, por tal razón unas personas no me pueden conocer, pero necesitan que yo tenga conciencia y sensibilidad de no tirar basura en el río. Pero más allá, se requiere tomar conciencia global de emprender acciones individuales y colectiva a favor de cuidar el medio en que vivimos. Este es un nivel de conciencia. Uno más avanzamos está relación al cuestionamiento del modo de producción capitalista como detonante de la crisis climática. Incluso, tenemos que ir a un nivel de conciencia superior que cuestione la misma racionalidad en sí.

A lo interno de las Humanidades está la corriente de pensamiento crítico. Nussbaum también lo menciona. Pero la cuestión a lo que queremos llegar es a la necesidad del espacio específico para las Humanidades en tanto educación para la ciudadanía del mundo, abierta a la complejidad de este.

al igual que el pensamiento crítico, la educación para la ciudadanía mundial debe formar parte de un módulo de diseño curricular dedicado a las nociones básicas de artes y humanidades, sin que importe si el alumno estudia ciencias, empresariales, ingeniería, filosofía o física (Nussbaum, 2010, p. 127).

Ese es el punto. Si esto se deja al azar y no es discutido continuamente estamos también perdiendo una oportunidad de una educación a la altura de su responsabilidad histórica. No importa la especialidad sino la necesidad de formar ciudadanos del mundo, luego profesionales. A estas alturas no nos podemos dar el lujo de tener profesionales que no sean ciudadanos en el sentido de tener una formación verdaderamente humana. Para ser más específicos, que tomen los asuntos humanos para su reproducción como centrales. Tampoco se trata de un nuevo antropocentrismo. Es un asunto de sobreponer lo humano y su reproducción que mantener la tasa de ganancia a toda costa del capitalismo. Como ya Karl Marx señaló, el capitalismo va devorando todo a su paso consumiendo incluso poniendo en riesgo y ya es una realidad, el metabolismo de los seres humanos con la naturaleza.

Ahora bien, retomando el tema del arte – y, aquí arte lo tenemos que entender un sentido amplio –, no solo arte como artística. Lo entendemos como lo estético y lo retórico. En la estética es fundamental la sensibilidad y en lo retórico como discurso persuasivo a un fin. Ahora bien, esa sensibilidad tiene que estar enfocada en un fin como ese discurso para alcanzarlo en tanto acción. Necesitamos comunicarnos más entre nosotros. La vacuidad del presente nos aleja. Podemos estar más conectados, pero en lo concreto estamos menos comunicados, es decir, no hay una correspondencia entre las personas para acometer objetivos comunes y emancipatorios.

No tenemos duda sobre la necesidad de una formación técnica. De hacer las cosas correctamente. De hecho, según el diccionario de la Real Academia Española, la técnica no es ajena a la ciencia o el arte. Es tener conocimiento especializado para una profesión. Las sociedades necesitan profesionales como mucha pericia tecnológica y científica. Pero si perdemos el horizonte ciudadano y de *ars* (de arte) estamos perdiendo esa necesaria complementariedad.

La nueva sensibilidad

Herbert Marcuse escribió a finales de la década de los sesenta un texto sobre la sensibilidad. Un tema central en las Humanidades, porque implica desde lo estético a lo ético, por lo menos. Entre los

contenidos de las humanidades está fomentar precisamente lo bello y los principios, más allá de lo mero técnico y moralista (moral del orden vigente) hasta trascender a los principios éticos, los cuales se traducen en nuestro accionar como la forma de hacer lo correcto con un *ethos*.

La nueva sensibilidad, que expresa la afirmación de los instintos de vida sobre la agresividad y la culpa, nutriría, en una escala social, la vital urgencia de la abolición de la injusticia y la miseria, y configuraría la ulterior evolución del nivel de vida (Marcuse, 1969, p. 30).

La nueva sensibilidad al menos hasta aquí significa poner en el centro del debate el tema de la vida. Hoy en el siglo XXI una cuestión central. La agresividad del modo de producción capitalista también nos hizo subjetivamente agresivos, contra la naturaleza, contra el otro. Pensamos ego- céntrica e ingenuamente narcisista (al menos así lo evidencia las selfis como el nuevo Narciso, un selfi es una fotografía de sí mismo). Si estamos más preocupados por nosotros mismos en nuestra ego-centralidad narcisista, entonces, careceremos de una visión social de la cuestión. La injusticia y la miseria sobre problemas sociales e individuales. Si nuestra subjetividad está constituida del Yo solamente no podremos encarar el problema, por eso nos urge potenciar esta nueva sensibilidad como la planteaba Marcuse.

¿A que debemos tener sensibilidad? A la vida

Debemos ser sensibles ante la vida. En la pandemia contemplamos cómo se sobrepuso el capital sobre la vida a través del interés por mantener las tasas de ganancias. La pandemia nos estaba hablando, pero no la captamos. En la coyuntura lejos de debilitarse el capitalismo, se hace más fuerte. Incluso los mil millonarios incrementaron sus ganancias en los meses de la pandemia ¿ilógico? No, es cónsono con el momento que estamos viviendo.

Antes de continuar, quiero plantearme otra pregunta ¿qué es la vida? Esta pregunta ontológica no la podremos responder. Ni siquiera hacer la diferencia entre *bios* y *zoe* nos sirve de mucho. La cuestión es más compleja de lo que parece. Es decir, cuando hablamos de vida en las actuales circunstancias nos estamos refiriendo a la vida política y también la natural. Necesitamos de ambas para realizarnos, tanto en el plano individual como colectivo comunitario. El capitalismo tiende y en eso Marx tiene razón, a acabar con la vida en los dos sentidos antes expuestos. Restringe nuestras vidas políticas como en su

modo de producción no sólo acaba con la naturaleza convirtiéndola como mera mercancía, sino con nuestras propias energías espirituales.

Esto estaba relativamente claro cuando los trabajadores del mundo exigían derechos en el marco de los extenuantes trabajos bajo el modo de producción capitalista. Cada vez más nuestras vidas, además de agotarse, se veían disciplinadas. Nuestras vidas son administradas desde diversos dispositivos. Eso lo evidenciaron los biopolíticos. Ahora bien, no era suficiente poner el tema sobre la mesa en un sentido negativo. Ya desde la década de los noventa el filósofo de la liberación Enrique Dussel (2009[1998]) planteaba la centralidad de la vida. Si un concepto ha ganado terreno en el campo de las ciencias sociales y las Humanidades en los últimos años es precisamente el de la vida, así grandes pensadores (Ingold, 2020) (Leff, 2020) desde diversas disciplinas ponían el acento en ella.

Con la pandemia la centralidad de la vida se hizo más evidente aún. El despliegue del capitalismo se sobrepuso sobre todo lo demás. Y, lejos de tomar conciencia plena del problema, tan pronto nos veamos resueltos en todo esto ya queremos seguir nuestras vidas fetichizadas como lo hacíamos antes. Estábamos ávidos por volver a consumir nuevamente. Seguíamos atados a esta modernidad capitalista. Pero el problema no es solo de la especie humana en su accionar, es el modo de producción capitalista es que pone la vida en un segundo plano para aumentar y continuar con sus tasas de ganancia, por eso, nos parece apropiado hablar de capitaloceno. Estamos en la era del capitalismo en su despliegue autodestructivo que nos tiene en vilo como especie con esta crisis civilizatoria. En la crítica actual que hagamos desde las ciencias sociales y las Humanidades se tiene que contemplar otro modelo civilizatorio al de la modernidad capitalista. En ese sentido, Dussel ha propuesto utópicamente la Transmodernidad, como otra edad del mundo.

El amor revolucionario

En esa otra edad del mundo, el amor, como dice hooks: tiene que florecer. Por amor aquí no entendamos lo romántico, heteronormativo y patriarcal. Amor lo pensamos en un sentido político y revolucionario. Una veta poco explorada. Para hooks es importante el amor y por este, entiende “fomentar el crecimiento espiritual” (hooks, 2022, p. 80) pensando en los demás y también en el propio.

Por ejemplo, en *El Banquete*, Platón plantea: “unidos [por amor] de este modo, aunque en corto número, podrían en cierta manera vencer al mundo entero”. Y, también parafraseándolo, el Amor inspira el mayor valor. Es decir, tanto como divinidad en la tradición griega o sentimiento, el amor es un elemento de cohesión fundamental para acometer los cambios necesarios para hacer de esta sociedad algo mejor.

Más recientemente se siguió pensando en el amor más allá de lo romántico, heteronormativo y patriarcal. Chela Sandoval (2015) nos habló de “amor revolucionario”. Lo cual es pensado como una hermenéutica para el cambio social, es un elemento cohesionador, “puede guiar y acceder a nuestras movidas políticas y teóricas [...] maniobras revolucionarias”. Estas van en la dirección de “transformar las condiciones sociales presentes en mundos mejores”

Por su parte, la psicoanalista argentina Nora Merlín también brega en la dirección del amor político. Como elemento cohesionador es una propuesta distinta a la realidad imperante de “indiferencia generalizada y máximo individualismo” promovida por el neoliberalismo. En un reciente artículo¹ señaló que, “El Estado y sus instituciones deben escuchar y hacerse cargo de las demandas sociales que piden pan, tierra, trabajo, paz y justicia, pero también es imprescindible que sepan que las demandas proferidas también son de amor”.

Conclusión: hacerlo distinto

No tenemos respuestas concretas a los problemas que nos acaecen, ni soluciones inmediatas. De lo contrario ya estuviesen muchos de nuestros problemas resueltos. Pero sí tenemos certeza de que tenemos la obligación de hacer las cosas distintas a cómo la hemos hechos. Otro aspecto importante es enfocar bien la crítica llamando a las cosas por su nombre sin caer en abstracciones. El causante de muchas de nuestras patologías no es otra cosa que el modo de producción capitalista. Si la crítica de las Humanidades no nos enseña a criticarlo trascendiéndolo no estamos haciendo nada. Esa transcendencia no es inmediata y parte del conocimiento inmanente del mundo en que vivimos, el cual se agota como podemos corroborar.

Pensar dualistamente como por ejemplo decir el problema es esté y la solución es esta tampoco es una salida factible cuando también hemos sido testigos que se fetichizan las supuestas resoluciones a nuestros problemas. Por eso hacemos énfasis en lo distinto. Ya sabemos que el modo de producción capitalista

¹ Al Estado, una demanda de amor en *El Destape*.

nos lleva directo al suicidio colectivo. Ya volvemos la mirada como en ángel de Paul Klee y vemos la hecatombe, no metafóricamente, sino inmanentemente.

Para terminar, el punto es el siguiente: ante la hecatombe capitalista necesitamos un elemento cohesionador para la transformación social y, en ese sentido, el amor político y revolucionario está más allá de su habitual contenido romántico, heteronormativo y patriarcal, en tanto factor socialmente fundamental para la movilización. Se trata de ejercer el poder de forma distinta y una *praxis* para diseñar mundos mejores ante la perversidad del orden imperante. En ese sentido, las Humanidades al asumir este compromiso histórico no sería un mero conjunto del saber entre tantos en las universidades o en los sistemas escolares, sino sería el motor de los cambios sociales que tanto necesitamos.

Referencias bibliográficas

Dussel, E., 2009. *Ética de la liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*. Sexta ed. Madrid: Trotta.

Guldi, J. & Armitage, D., 2016. *Manifiesto por la Historia*. Madrid: Alianza.

hooks, b., 2022. *Todo sobre el amor*. Ciudad de México: Paidós.

Ingold, T., 2020. *Antropología ¿Por qué importa?*. Madrid: Alianza.

Leff, E., 2020. *El conflicto de la vida*. Ciudad de México: Siglo XXI.

Marcuse, H., 1969. *Un ensayo sobre la liberación*. México: Editorial Joaquín Mortiz.

Nussbaum, M., 2010. *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires: katz.

Rodríguez Reyes, A., 2021. *Pensamiento crítico: ensayos sobre filosofía de la liberación y decolonialidad*. Perú: Heraldos.

Sandoval, C., 2015. *Metodología de la emancipación*. Ciudad de México: UNAM/PUEG.

Serratos, F., 2020. *El capitaloceno. Una historia radical de la crisis climática*. Ciudad de México: UNAM/FESTINA.

Skinner, Q., 2008. *Maquiavelo*. Madrid: Alianza.

